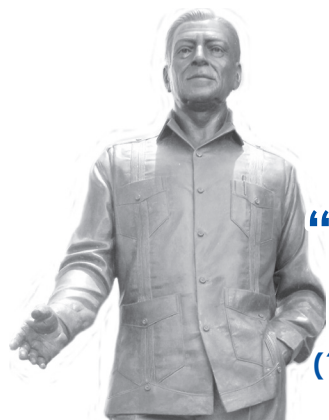




“El Chango” Barreto

(18 de febrero de 1979)

PLAZA CULTURAL DE
DIARIO DE COLIMA



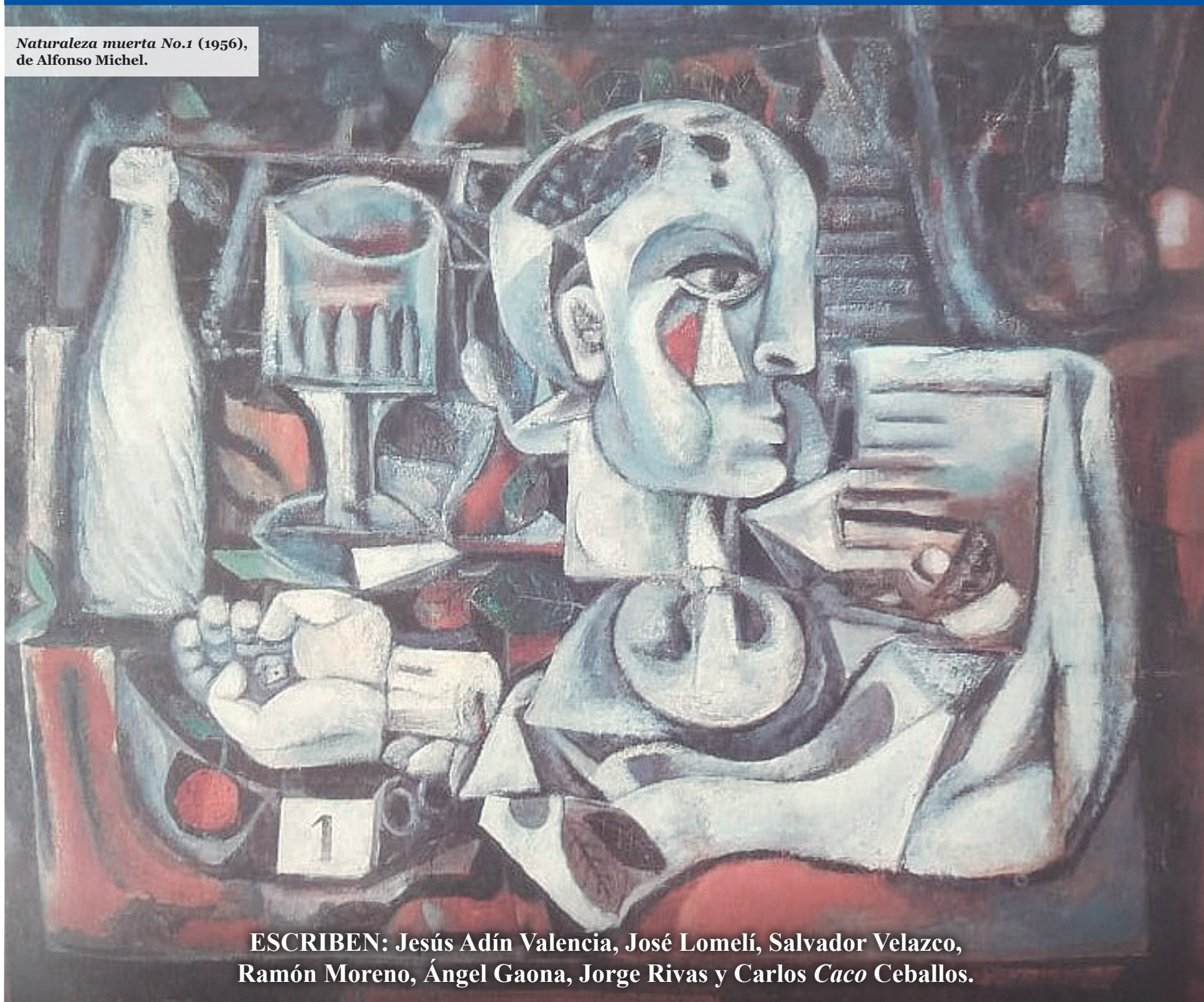
Ágora

VIÑETAS DE LA PROVINCIA ► 4

2626

DOMINGO 24 DE ENERO DE 2021

Naturaleza muerta No.1 (1956),
de Alfonso Michel.



ESCRIBEN: Jesús Adín Valencia, José Lomelí, Salvador Velazco,
Ramón Moreno, Ángel Gaona, Jorge Rivas y Carlos *Caco* Ceballos.

Del fuego

Peregrino sin rumbo

Ágora

Con la finalidad de conmemorar a los artistas colimenses y su obra, de mantenerlos vigentes por sus aportaciones en las distintas disciplinas del arte: música, danza, literatura, teatro, pintura, escultura, fotografía, arquitectura, entre otras, abrimos esta breve sección como efemérides Del fuego, para todos los que nacieron o crecieron en esta tierra donde domina la gran montaña ígnea.

El propósito es invitar a los lectores a conocer y buscar, reencontrar ese legado que existe entre los creadores colimenses, no sólo de quienes ya partieron de este mundo, sino también de los que ahora están produciendo, los que hoy pintan, escriben, actúan, construyen, danzan, componen, porque el objetivo es apreciar la obra, su intención comunicativa y estética, disfrutarla y difundirla.

Alfonso Michel

En esta ocasión la efeméride conmemorativa fue la del 14 de enero, fecha en que nació el pintor Alfonso Michel en el año de 1897, en el seno de una familia hacendada de Colima dedicada al cultivo de palmas copreras, siendo el menor de seis hermanos. Más allá del arte y el mar, las dos grandes pasiones que Michel tuvo, como se lo confesó a la galerista Inés Amor en una carta, los viajes fueron una constante en su vida, primero por decisiones familiares, radicando desde niño en Guadalajara y luego en la Ciudad de México. Posteriormente, tras la muerte de su padre en 1918, decidió establecerse en solitario en San Francisco, California, para estudiar con un tal Mark Hopkins Homes. Pero a los 19 años ya había conocido Europa junto a sus hermanos, por lo que en 1923 regresó al viejo continente, viviendo en Florencia, París, Berlín y otras ciudades hasta 1930.

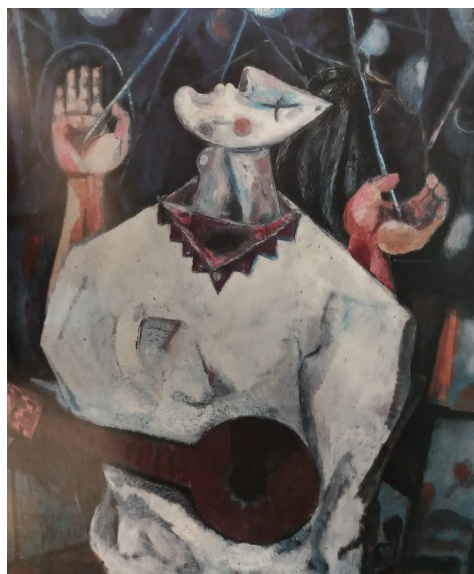
Tal vez entre esa marea de periplos, como peregrino sin rumbo, en esa interculturalidad que absorbió, Alfonso Michel no quiso internarse en los temas pictóricos que predominaban en México, consecuencia de la Revolución, como la política, la conquista y el indigenismo expuestos en la obra de los muralistas. Si bien optó por un exilio en su vida personal, también lo hizo en la plástica, de ahí que sus pinturas cobren

una relevancia especial a diferencia de sus contemporáneos, apartado de las tendencias. Aunque se le ubica dentro de la corriente expresionista y neobarroca, lo que pintó fue en una absoluta libertad creadora.

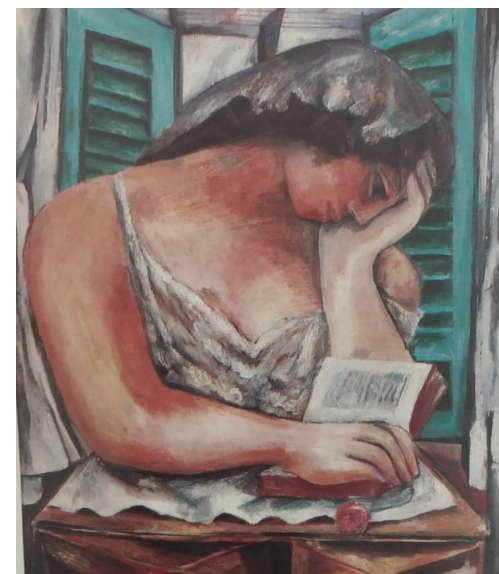
En apariencia, la obra de Alfonso Michel podría catalogarse de sencilla por la reiteración en sus temas, en especial, su construcción de bodegones, sin embargo, al mirarlos con detenimiento, comienzan a ser perceptibles obsesiones plásticas y mensajes cifrados, que dan cuenta de una obra en alto grado alegórica y de un pintor que fue capaz de asimilar y sintetizar gran parte de la cultura plástica de su época. Por más extraños que puedan parecer los lienzos de Michel, particularmente por sus objetos aparentemente inconexos, cada uno de estos provienen tanto de sus orígenes en el campo mexicano, como de sus vivencias europeas y por supuesto el mar que los divide y que tanto obsesionara a Michel.

De acuerdo a sus biógrafos, para 1924, Alfonso Michel era un artista bohemio más de Montparnasse, que acudió a academias privadas, trabajó como dibujante para revistas de moda parisinas y hacia 1926, compartió su taller con Agustín Lazo, quien por entonces se dejaba marcar por el influjo de la obra de Giorgio de Chirico. Volvió a Colima en 1930, pero no tomó los pinceles hasta que viajó a Guadalajara en donde recibió el apoyo de Roberto Montenegro y José Guadalupe Zuno, además de asociarse al grupo de jóvenes pintores jaliscienses de Ricardo Martínez, Jesús Guerrero Galván y Juan Soriano. La larga estancia de Michel de casi una década en el extranjero, no sólo perseguía la intención del continuo adiestramiento artístico, sino que, por su homosexualidad, también había decidido alejarse de Colima.

Su primera exhibición individual la realizó en 1945 en la Galería de Arte Mexicano. Posteriormente en 1950 expone en París, Francia. Al comienzo, sus temas principales fueron la naturaleza, ferias y escenas de juego, niños y adolescentes; más tarde se basaron en la meditación, la nostalgia y el dolor. En su trabajo se han encontrado influencias de Picasso, Braque, Cézanne y Giorgio de Chirico. Falleció en febrero en la Ciudad de México en 1957. Tenía sesenta años.



Endymión y su farol (1957).



Mujer en la ventana (ca. 1948).



Alfonso Michel en Alemania (ca.1921).



El pintor en su estudio en la Ciudad de México (1956).

Reseña epistolar de *Prohibido besar, historias contagiantes*

Jesús Adín Valencia

Estimado Julio, antes de entrar en materia, permíteme algo a tono, un poco filosófico de mi parte. Aclaro, no son ínfulas o baños de intelectualoide, en verdad, encuentro irremediable *ad litteram* intentar valerme de la filosofía por un par de sencillas razones; una, porque los diálogos de tus personajes llevan ese matiz en *Los pensadores (conversatorio)*; dos, por la premisa aristotélica de darle felicidad a nuestra existencia, que para ello estamos aquí.

Ser felices. Estoicos, epicúreos y neoplatónicos, amigo, bifurcaron el objetivo según sus intereses físicos y espirituales. Nosotros lo hemos hallado en la belleza, contemplándola y creándola, *poesis* dijo Aristóteles. Al final, sentaste en una mesa redonda, convocados por el maestro Leopoldo Barragán, a Paul B. Preciado, Byung-Chul Han, Giorgio Agamben, Noam Chomsky, Slavoj Žižek, Yuval Noah Harari, y Juan Villoro, bajo la sombra de una gran parota en Suchitlán, para reflexionar la pandemia. Es meritoria la polifonía ideológica, urdiendo poco a poco visos de crítica sociopolítica. Ese último brindis de los filósofos no deja de ser por amor, pero amor al conocimiento y a la vida en tiempos oscuros.

Zazil es luz, vi esa metonimia, estableciéndonos en la historia inicial. Abrí tu archivo *Prohibido besar.pdf*, por primera vez el 11 de diciembre de 2020. Y tuve la grata oportunidad –gracias por la confianza– de ser uno de tus primeros lectores, a casi un mes del nacimiento de la niña (12-ene-21 [fecha que, como dices, parece palíndromo]; a las 8:43 am; midió 49 cm; pesó 3.330 kg). *Prohibido besar, historias contagiantes*, es tu libro inédito, próximo a publicar, ¿ya plantaste un árbol este año?

Lo primero que hice fue darte mi felicitación, por la buena nueva anunciada; enseguida, por el libro. *Prohibido besar, historias contagiantes*, de Julio César Zamora Velasco fue seleccionada para su publicación como parte de Creadores y Artistas en Contingencia Colima 2020.

Resalto de la primera crónica lo significativo e iterativo del nombre, Zazil, a manera de invocación, es tu plegaria de amor filial: *Zazil, Zazil, Zazil*. Escribimos poemas como padres orgullosos, sin expectativas en contra, sólo la certeza de haber engendrado en cada uno, algo bello, digno de mostrar inmediatamente a la humanidad. Sin duda, el nacimiento de tu niña, como el libro, son heraldos de advenimiento creativo en medio de esta nueva realidad.



Resalto de la primera crónica lo significativo e iterativo del nombre. Zazil, a manera de invocación, es tu plegaria de amor filial: Zazil. Zazil. Zazil. Escribimos poemas como padres orgullosos, sin expectativas en contra, sólo la certeza de haber engendrado en cada uno, algo bello, digno de mostrar inmediatamente a la humanidad. Sin duda, el nacimiento de tu niña, como el libro, son heraldos de advenimiento creativo en medio de esta nueva realidad.



Zazil, nombre de origen maya, significa *transparencia del espíritu, claridad, brillo o espíritu transparente*. “Conoceremos la sonrisa de Zazil, y enero será un resplandor en esta habitación, y en toda la casa sonará su nombre”. Empiezas ubicándonos en el claustro, donde el encierro es orgánico, acuoso, es el vientre de *Yuni*, a donde tú, sujeto narrador, diriges palabras, y caricias, además de música, porque lo mismo comunicas en prosa poética, que melodías de Bob Dylan, Debussy o Elvis. La encomienda es darle atisbos del mundo a la niña, qué hay de bueno aguardándola. Me disculparás, Julio, no puedo ocultar el gozo de una creación.

El arranque es inmejorable, narras la esperanza de vida, hay música, intimidad; en cinco párrafos nos es contado el día a día de una pareja en confinamiento. *Lo contagiante* de la primera historia es el aliento, el consuelo y la armonía.

Prohibido besar, del cual retomas el título para la colección de crónicas, es un idilio en público interrumpido por una persona, observadora del rompimiento de los nuevos protocolos que nos obligan a limitar todo contacto físico, sin saludos de mano, sin abrazos, ni siquiera pensemos en un beso. *Prohibido besar* figura la denuncia del adepto a una suerte de distopía orwelliana. La vuelta de tuerca está en la rebeldía de la enamorada.

De las siete restantes: *No es para cualquiera*, *Nefrita*, *Como una brisa*, *La paciente 31*, *Opio*, *Batalla feroz* y *Una última vez*, pondero personajes solitarios e introspectivos, habitados en zonas urbanas, principalmente. Concurren entre matemáticas y artes plásticas, en encuentros para una interacción apenas sostenida, donde tan sólo una mirada traza su propia narrativa; uno más cavila en el sillón de siempre, después de leer a Ciorán; otra atestigua el uso de tecnologías sin despojarse del miedo al contagio. Otro abraza la complicidad de una rockola en tanto llega la pareja; otros compiten para ganarse la vida frente a tantas restricciones; otra surfea para escapar de circunstancias más allá de la reclusión.

Te comenté lo curioso de que seas coordinador de un suplemento cultural llamado *Ágora*, etimología del espacio abierto y la plaza pública, y tengas un libro sobre crónicas en el claustro; intenté hacer el clásico *cuál es el colmo de*, pero soy malo para los chistes. Hablando en serio, vivimos en tiempos de la covidliteratura, tu registro de vida permanecerá. Abrazos virtuales.



VIÑETAS DE LA PROVINCIA

“El Chango” Barreto

Don Manuel Sánchez Silva

(18 de febrero de 1979)

En la finca ubicada en la esquina de Madero y Medellín estuvo por muchos años el establecimiento comercial de don Isidoro Barreto, hombre bueno y honesto que formó numerosa familia, a la que heredó el inmueble en cuestión, la exhacienda de Tecolapa, numerosas casas modestas diseminadas en la ciudad y una fuerte cantidad de dinero en efectivo entregado a su yerno, don Blas Ruiz, acaudalado hombre de negocios que regenteaba diversas actividades en Colima, Manzanillo y Cihuatlán, quien entregaba escrupulosamente a don Isidoro, fuertes ganancias por conceptos de intereses y participaciones.

Durante muchos años, don José I. Barreto, hijo de don Isidoro, fue jefe de contabilidad de la casa comercial e industrial de su cuñado, don Blas Ruiz, y al fallecer su progenitor, su hijo mayor, Nicasio, se hizo cargo de la negociación comercial de su padre ya descrita, e hizo pintar en la parte superior de la finca un gran letrero que decía: Isidoro Barreto e hijos, sucesores.

Don José I. Barreto contrajo matrimonio con la muy guapa y distinguida señorita María Guadalupe Ochoa García, de la que tuvo dos hijas, Lupita y Carmen, que heredaron las virtudes de su madre. Todos ellos constituyeron una familia verdaderamente ejemplar, sumamente estimada en todos los círculos sociales de Colima.

Por su parte, Nicasio fue incansable. Previsto de un genio alegre, burlón y excesivamente comunicativo, por largo tiempo trajo en peso a la ciudad, con chismes y comentarios las más de las veces graciosos e inofensivos, pero en otras insidiosos y cáusticos.

Por espacio de muchos años fue el promotor social más importante de Colima, pues su condición de hombre rico al que nunca apremió el paso del tiempo y su afición irrefrenable a saber, comentar y propalar todo lo que sucedía en Colima o estaba por suceder, le permitían multiplicarse en la adquisición, condimentación o divulgación de chismes importantes o intrascendentes, que lo mismo proporcionaban las fámulas y maritornes que canasta al brazo iban al mercado o regresaban después de adquirir el cotidiano sustento, que las confidencias “siempre discretas, íntimas y exclusivas” que las damas y damitas “bien” confiaban al gran chismoso, después de conjurarlo a que las guardara en reserva y secreto.

En la inolvidable década de los veinte,

la presencia de Nicasio Barreto fue indispensable en bailes, acontecimientos políticos, matrimonios, cumpleaños, bautizos y velorios. En 1922, en que el gobierno del estado promovió la brillante celebración de los festejos carnavalescos, por votación verdaderamente popular, Elenita Schulte, ahora dignísima esposa de don Laureano Cervantes, fue elegida reina del carnaval y Nicasio Barreto “rey feo”. Y por justicia debe reconocerse que sus majestades cumplieron con admirable propiedad y simpatía.

Nicasio pasó lo mejor de su vida detrás del mostrador de su tienda, deteniendo con la voz a cuanto amigo o conocido pasaba por el frente de la misma, y que acudía al llamado para enfrascarse en interminables charlas de buen humor en que se intercambiaban los rumores y las noticias de los últimos acontecimientos, mientras los empleados del establecimiento atendían al público interesado en adquirir lo que necesitaba.

Fue el principal motor para convertir en realidad la constitución de una sociedad que materializó la idea de formalizar el “Centro Social Colimense” -casino, bar, billar, sala de música, salón de baile y biblioteca-, instalado en la parte alta y extrema del portal Morelos y que tantos recuerdos inolvidables dejó en la memoria de los jóvenes de aquella época de amable lentitud provinciana.

Sin embargo, como en este mundo no hay dicha completa, Nicasio sufrió el susto de su vida cuando una noche, en que vestido de etiqueta se dirigía al teatro Hidalgo a una ceremonia oficial, tuvo la mala suerte de encontrarse con el señor Salvador Ochoa García, quien, enterado de que a Nicasio se le había ido un poco la lengua respecto a una joven a la que pretendía, descargó sobre el chismoso un aguacero de puñetazos, y llevándolo a empujones a la pileta que ornamenta la calle diagonal que desemboca en la esquina noreste de la plaza, lo obligó a sumergirse en el agua, de donde a cada intento de escapar recibía más bofetadas y puntapiés.

Y esta fue la única aventura ingrata que sufrió Nicasio, quien naturalmente lamentó la pérdida definitiva de su frac y su sombrero alto, aparte de los moretones que le quedaron en la cara como resultado de la furia de Salvador.

* Periodista, escritor y fundador de **Diario de Colima**.†



Fotograma de la película *Al este del edén*.

Nicasio sufrió el susto de su vida cuando una noche, en que vestido de etiqueta se dirigía al teatro Hidalgo a una ceremonia oficial, tuvo la mala suerte de encontrarse con el señor Salvador Ochoa García, quien, enterado de que a Nicasio se le había ido un poco la lengua respecto a una joven a la que pretendía, descargó sobre el chismoso un aguacero de puñetazos.

Cuentos leonescos

El germen de la vida

I/II

José María Lomelí Pérez

Un día Nicolás II de Pelife, poderoso rey del mundo antiguo, despertó agitado tras soñar que se moría. Aquel sueño, a juzgar por él premonitorio, estimuló a su mente en la creación de trágicas y perturbadoras visiones, las cuales se convirtieron en dudas que daban vueltas y se agolpaban en su excitado cerebro, siendo las más recurrentes de ellas: quién guiaría al mundo y defendería una fe que comenzaba a fracturarse.

Nunca como entonces se había dado cuenta de su propia fugacidad, pues se mantenía bastante ocupado al asumirse como el hombre más cercano al creador, el estandarte de la fe y la espada de la justicia.

Motivado por sus temores, Nicolás ofreció una cuantiosa recompensa para aquel que respondiera a una pregunta sencilla en su forma, más complicada en su esencia: ¿Cuál es el germen de la vida?

Durante tres jornadas consecutivas no hizo más que atender a toda clase de individuos que, provenientes de regiones distintas y distantes, iban a ofrecerle una respuesta; algunos invitados por él y otros motivados por voluntad propia. Así desfilaron uno a uno dando respuestas enfrentadas, tal como era de esperarse:

—¡La vida —dijo un teólogo— es un soplo divino!

Pero un filósofo rebatió su punto diciendo:

—¡No, la vida es la unión del cuerpo y el alma!

—¡Es el tiempo que duran las cosas! —dijo un campesino, y un médico contestó:

—¡Es el periodo que abarca del nacimiento a la muerte de un ser!

Y así pasaron todos sin que ninguno pudiera dar una respuesta satisfactoria. Hasta que al atardecer del tercer día, un hombre de rostro barbado y apariencia extraña, muy semejante a un mago, se presentó ante el rey asegurando tener la repuesta precisa. Vestía una larga túnica púrpura, rematada en sus bordes por grecas negras, ceñida a su cintura por una especie de cintillo de cuero negro del cual pendían toda clase de coloridos amuletos multiformes; calzaba babuchas

resplandecientes de lentejuelas doradas y portaba orgulloso sobre su cabeza un rojo fez adornado por una borla de hilos amarillos. Sin embargo, lo que más llamaba la atención de su apariencia era un gran dije en forma de una flama que pendía de su cuello. Ese símbolo era la confirmación absoluta de su profesión herética. En algún otro momento, bajo cualquier otra circunstancia aquel hombre hubiese sido perseguido y ajusticiado, pero no en ese instante, pues lo cobijaba el hecho de saberse indispensable para el monarca.

—La vida es una pequeña flama que reside en la cabeza, majestad. Habitualmente libera pequeñas chispas que recorren nuestros cuerpos a través del torrente sanguíneo, dándonos así vigor y movimiento —dijo el alquimista sonriente mientras tomaba con ambas manos el llamativo dije.

Nicolás pareció complacido al ver que alguien por fin le daba una respuesta concreta que no sólo se centraba en la naturaleza de la vida, sino en ese preciso aspecto que a él le interesaba, es decir, lo que la hace germinar. Así, juzgando que aquel hombre sabía de lo que le hablaba, inquirió curioso:

—¡Bien! Dime: ¿sabes tú cómo mantener encendida esa flama, hombre sabio?...



Un hombre de rostro barbado y apariencia extraña, muy semejante a un mago, se presentó ante el rey asegurando tener la repuesta precisa. Vestía una larga túnica púrpura, rematada en sus bordes por grecas negras, ceñida a su cintura por una especie de cintillo de cuero negro del cual pendían toda clase de coloridos amuletos multiformes

Estación Tlamacas

Ángel Gaona

La mejor versión de mí
está en una fotografía
pegada a la luna del cristal
que me ve por las mañanas
levantar el vuelo

Tomada antes que de sus cenizas
resurgiera el fuego
sobre las faldas del Popocatepetl
me veo abrazándola

La mejor versión de mí quedó
plasmada en ese papel
antes de que los pixeles
inundaran el ciberespacio

Lo mejor de mí ha caducado
ahora sólo soy un personaje
mirando en el pasado
la glosa de mis mejores años.

A las nueve en punto

Connery, Sean Connery

Salvador Velazco



Sean Connery murió a los 90 años el 31 de octubre del infausto 2020. En una columna como esta, en donde hablamos de las películas de nuestra vida (y de otras cosas), no podríamos dejar pasar inadvertido el fallecimiento de uno de los actores icónicos del siglo XX, nuestro primer James Bond. Connery inició su carrera artística en la década de los 50 haciendo pequeños papeles en la televisión británica y en algunas películas: quizá la más importante de esta etapa sea la de *Another Time, Another Place* (1958), en donde alternó con la actriz Lana Turner. Su gran oportunidad para lanzarse al estrellato vino cuando fue elegido para interpretar al célebre agente secreto 007 en *Dr. No*, filme de 1962, cuando el actor tenía 32 años. El mismo Connery no habría podido imaginarse que con esta película estaba naciendo toda una mitología cinematográfica –inspirada en las novelas de Ian Fleming– que tendría una larga vida: 24 producciones hasta la fecha. La número 25, *No Time to Die*, con Daniel Craig en su última actuación como Bond, está programada para estrenarse en abril de este año.

De una gran presencia física, con su 1.88 de estatura y una musculatura envidiable –no en balde practicó el fisiculturismo–, además de su gran carisma y elegancia, Connery era el candidato ideal para darle vida al espía inglés. Por ello, la compañía productora de la franquicia oficial de James Bond, Eon Productions, inició a por Albert R. Broccoli y Harry Saltzman, tomó el riesgo de dar este papel a un actor prácticamente desconocido en *Dr. No*, luego de que otros más consagrados como Cary Grant decidieran no hacerlo. En esta primera película de la serie, Connery hace la presentación de su personaje en una secuencia que ya es clásica. En el casino *Le Cercle*, en Londres, vemos a Bond jugando una partida de Baccarat, pero la cámara solo lo muestra de espaldas. Frente al espía se recorta la bella figura de Sylvia Trench (Eunice Gayson) –la primera chica Bond–, quien también está participando en el juego de cartas. Ella desea saber quién es el carismático personaje que tiene enfrente de ella. La cámara, de golpe, encuadra el rostro del agente secreto, quien prende un cigarro antes de contestar: “Bond, James Bond”. En ese momento, en la banda sonora empieza a escucharse el tema musical de James Bond. Esta es, sin duda, una de las mejores presentaciones de un personaje en la historia del cine.

Dr. No, película dirigida por Terence Young, estableció el molde para la franquicia: una suerte de “cuento de hadas” para adultos, en palabras del propio Ian Fleming, que construye una fantasía masculina en donde el protagonista se va a enfrentar a la siniestra organización criminal SPECTRE, comandada por Ernst Stavro Blofeld, la cual desea someter al mundo a sus designios. En la década de los 60, el contexto internacional en donde operaba Bond estaba determinado por la Guerra Fría entre las dos grandes potencias mundiales: Estados Unidos y la Unión Soviética. La ominosa posibilidad de una guerra atómica estaba siempre presente. Con la caída del muro de Berlín en 1989, la amenaza mayor a la que se

enfrentará el 007 es el terrorismo global. Para vencer a sus enemigos cuenta con la colaboración de Felix Leiter, un agente de la CIA. Bond es, sobre todo, un guardián de las democracias liberales del mundo occidental.

Desde el lanzamiento de *Dr. No* en 1962 hasta *Diamonds are Forever* en 1971, Sean Connery encarnó al 007 en seis películas. La segunda, *From Russia with Love* (1963), es mi favorita. Tiene como uno de sus escenarios principales la ciudad de Estambul y cuenta con la participación del actor mexicano Pedro Armendáriz. Lamentablemente, esta fue la última actuación de este gran icono del cine mexicano de la Época de Oro, pues durante el rodaje ya enfrentaba un cáncer terminal que lo orilló al suicidio poco después del estreno del filme.

A través de estas primeras películas, Connery estableció el arquetipo de James Bond. Ciertamente es un personaje unidimensional que viste elegantemente en toda ocasión –sus trajes color gris son emblemáticos–, amante del buen comer y beber –su coctel favorito, un Martini “shaken, no stirred” (“mezclado, no agitado”)–, con una debilidad por bellas y enigmáticas mujeres, algunas de ellas reclutadas para asesinarlo. A todo esto, debemos agregar el sentido del humor del personaje.

Hasta el día de hoy son seis actores los que han dado vida al personaje de James Bond: Sean Connery, George Lazenby, Roger Moore, Timothy Dalton, Pierce Brosnan y Daniel Craig. Para los que nacimos en la década de los 60, el Bond que nos tocó ver en la adolescencia y primeros años de la etapa adulta fue Roger Moore, quien, entre 1973 y 1985, interpretó al personaje en siete producciones, desde *Live and Let Die* hasta *A View to a Kill*. En lo personal, me tocó ver en la pantalla grande cada una de estas películas y apreciaba el humor más sarcástico que Moore le agregó al personaje. Mi favorita de la era Moore fue *The Spy Who Loved Me* (1977), con la inolvidable Barbara Bach haciendo el papel de la agente soviética Anya Amasova.

Con todo, la primera película de James Bond que recuerdo haber visto de niño fue la de *On Her Majesty's Secret Service* (1969) en el cine Diana, en Zapotlán, Jalisco, ciudad donde viví antes de llegar a Colima. Daba la casualidad de que mi casa quedaba enfrente del Diana, ubicado en la esquina de las calles Federico del Toro y Artes. Con frecuencia me metía a este gran palacio del cine, como eran los cines antes de los multiplex, con una pantalla gigantesca y una sala amplísima con butacas de luneta y gayola. Esta fue la única película en que el papel del 007 fue interpretado por George Lazenby, el segundo Bond, un modelo austriaco muy parecido en lo físico a Sean Connery, pero que era un actor realmente malo y sin gracia: una suerte de caricatura de Connery. Lo que más recuerdo de esta película son las secuencias de los majestuosos Alpes suizos en donde Bond es perseguido cuando intenta escapar esquiando.

A raíz del fallecimiento de Sean Connery, como un homenaje a su memoria, volví a ver sus películas de la década de los 60. Me convencí de que es el mejor James Bond que hemos visto en el cine.



“Bond, James Bond”, su inolvidable presentación en *Dr. No* (1962).

Ella desca saber quién es el carismático personaje que tiene enfrente de ella. La cámara, de golpe, encuadra el rostro del agente secreto, quien prende un cigarro antes de contestar: “Bond, James Bond”. En ese momento, en la banda sonora empieza a escucharse el tema musical de James Bond. Esta es, sin duda, una de las mejores presentaciones de un personaje en la historia del cine.



Pedro Armendáriz con Sean Connery en *From Russia with Love* (1963).



Sean Connery y Lana Turner en *Brumas de inquietud*.

Polaroid de Connery

Ni como agente 007 ni capitán de un submarino soviético; el papel más peligroso que interpretó Sean Connery fue el de un periodista en la película *Brumas de inquietud* (1958). Y es que su personaje tiene un romance con la reportera que encarnó la bella actriz Lana Turner, por lo que el rodaje de ese drama fue interrumpido por el mafioso Johnny Stompanato, en aquel entonces pareja de Lana.

Como si fuera una escena de James Bond, el gánster irrumpió en el plató londinense donde grababan *Brumas de inquietud*, dirigida por Lewis Allen, y sacó una pistola para apuntarle a Connery, quien sin perturbarse por la amenaza del arma de fuego de Stompanato, lo sometió y le propinó un tremendo golpe en la quijada que le quitó las ganas de todo al posesivo novio de Turner.

No se volvió a ver al mafioso por los alrededores, pero el actor escocés se vio obligado a abandonar Londres, para evitar alguna desgracia mayor. Sin embargo, la historia real entre Lana y Johnny terminó en tragedia, cuando la hija de la actriz le dio una puñalada mortal en el vientre al matón, muriendo al momento. La menor fue eximida por la ley como “homicidio justificado”.

Río de almas

León Mendoza

Las imágenes se fueron perdiendo en ese laberinto que guiaba hacia un infierno que nos reclama.

Existieron crudas iconografías cuales días de un invierno que crujen partiéndolas como ideas que no llegan.

Se quedaron varadas en esos caminos de lava y olor a azufre donde cancerbero espera tranquilo y sonriendo.

A 500 años de la llegada de los españoles a México (1519-1521) XXXIII

Tlayacapan

Ramón Moreno Rodríguez



Desde los primeros días de 1521, la ciudad de Texcoco concentró toda la actividad de los extranjeros y sus aliados. Después de muchos movimientos estratégicos, y hasta mayo, los invasores no dejarán esta ciudad. Infinitas cosas sucedieron en esos largos cinco meses como para poder ser contadas aquí, pero en casi nada participó Pedro de Maluenda –conquistador español del que ya hemos hablado varias veces– que mensajeros e invasores vio venir una y otra vez hasta que en marzo fue enviado contra su voluntad a hacer unas *entradas* hacia el sur, como parte de un contingente que encabezaran Sandoval y Luis Marín.

El plan de Cortés era muy claro: dejar aislada la ciudad de México y provocar que por la fuerza o por voluntad propia las monarquías que rodeaban a la capital imperial abandonaran el partido de Cuauhtémoc y se le aliaran. Con las monarquías del oriente ya lo había logrado casi por completo, ahora establecería un frente hacia el sur (Xochimilco, Tlayacapan, Yecapixtla, Cuernavaca, etc.) para obligarlas a dejar la fidelidad a los mexicanos.

Sucedía que al sur de los lagos, y en parte circundándolos, había cinco importantes señoríos, de los cuales dos ya habían hecho alianza con los extranjeros, por lo tanto faltaban otros tres para terminar de encerrar a los mexicanos en un círculo de monarquías desafectas y evidentemente hostiles. De los dos reinos ya aliados a los españoles, Chalco era el que más insistía en ir a someter a los otros tres, entre otras causas porque eran fronterizos con sus tierras y porque desde aquellas tres monarquías indianas los mexicanos habían lanzado constantes ataques contra los insumisos chalcos, quizá el reino que más odiaba a los mexicanos.

Gonzalo de Sandoval y Luis Marín fueron enviados al frente de veinte jinetes, doscientos peones y más de mil indios aliados, entre tlaxcaltecas y cholultecas. Hacia el quince de marzo salieron muy de mañana de la ciudad de Texcoco. Maluenda, que no tenía caballo, formaba parte de aquella infantería inconforme con lo mal repartido que estaba el botín, pero que a cada nueva *entrada* se hacía ilusiones de que esta vez sí podría hacer buenos hurtos y conservar las ganancias.

El camino sale de la ciudad imperial de los acolhuas y por largo tiempo discurre al pie de la gran laguna. El paisaje es monótono. Impresiona mirar hacia las quietas y azulosas aguas saladas. Al otro extremo de las mismas está la Ciudad de México, cuyas luces pueden ser vistas en contadas noches. La distancia parece infinita, lo único en que la mirada puede entretenerse es en las lejanas montañas del occidente, es la sierra de Ixilantonan, aquella frontera natural entre el Anáhuac y las tierras de los mazahuas. Si Pedro de Maluenda mirara hacia el lado contrario, al oriente –y por supuesto que lo hace–, vería que la planicie también es muy extensa y, solitarios, los picos azulosos de la Sierra Nevada son testigos de aquella nueva excursión. Está en primer término el volcán Tláloc, más al sur el Iztaccíhuatl, y aún más al sur el Popocatepetl.

Son tan inmensas las llanuras y las aguas de la laguna que provocan en el caminante una sensación de haber sido lanzado al azul e infinito vacío. La zona de los lagos es una planicie circundada por lejanísimas montañas, ya sean las de la Sierra Nevada o las de la

Sierra de Ixilantonan o las de la Sierra del Chichinautzin o las de la Sierra de Tepeyacac, que todas ellas se han unido para formar un claustro en torno de los lagos y la laguna. Da la sensación de ser aquello un inmenso cráter lunar a cuyas aguas centrales han ido las estrellas matutinas a mirarse el rostro. Caminan por ese finísimo polvo blanco que se compacta y luego se desprende del camino. Las lloviznas de enero hace ya muchos días que han concluido y también las más demoradas y perezosas de principios de febrero son algo ya pasado. Es plena temporada de secas. Las aguas de la laguna se han retraído y sólo queda la huella de su cercana presencia en esas costras de salitre reseco y cuarteado. Son como escamas de un monstruo marino que yace escondido en el fango, del cual sólo emerge su lomo cubierto de ese salitre. El batracio de fábula parece que está esperando a que el nivel del agua suba de nuevo y con ello recupere su prodigiosa vida; por lo pronto, su visible costillar no se mueve.

El llano, aunque fértil, luce a las claras su cenicienta desnudez: no hay matorrales, no hay milpas, no hay árboles, no hay aves, no hay ratones. Los expedicionarios caminan y es el ruido de sus pasos la única constatación de vida. Hace más de una hora que se alejaron de Texcoco. El camino es una línea recta perfectamente trazada que se proyecta hacia el sur. Poco antes de llegar a las cercanías de Huexotla se convierte en una diagonal, también muy derecha, que se prolonga hasta el infinito: aquí empieza el ascenso al Iztaccíhuatl.

La calzada se aleja de las orillas de la laguna. El ambiente alpino es más transparente a medida que las aguas se pierden de vista. No es necesario trepar los primeros escalones de la montaña pues el camino se interrumpe antes: es la villa de Coatlinchán. Aquí se detienen los legionarios.

Pasaron por un costado de la fortaleza de Huexotla y no interrumpieron su caminar, aunque algunos huexotlecas les

dieron alcance y se les sumaron. Cuando llegaron a Coatlinchán tampoco se detuvieron, pero nuevos indios aventureros se sumaron a esa columna conductora de la muerte. Pedro de Maluenda piensa que aquellos improvisados conquistadores son como los cuervos. Se dice a sí mismo –mientras los mira sumarse al grupo de los tlaxcaltecas, que a su vez los miran con desprecio–: a mi fe que huelen la muerte, y vienen a ver qué pueden medrar, muy igual a los grajos, que en grandes parvasdas siguen con pacencia a los perros que caminan hasta el basurero de Sevilla. Tengo para mí que no somos otra cosa que canes hambrientos, y estos indios deslavazados otrosí.

En efecto, el hambre se les trasluce en los rostros y los cuerpos a los macehuals acolhuas. Han sido descuidados. Son aquellos que no guardaron maíz para el periodo de secas, o que la guerra se los arrebató. Falta mucho tiempo para que las milpas vuelvan a dar sus frutos y sólo por un milagro podrán llegar vivos para aquellos días. La rapiña de la guerra puede acercarlos algún mendrugo a la boca, y apuestan todo a esa posibilidad.

**Doctor en literatura española. Imparte clases en la carrera de Letras Hispánicas en la UdeG, Cusur.*

ramonmr.mx@gmail.com



DE LEJOS Y A MI ALREDEDOR

Excursiones y recuerdos

Carlos Caco Ceballos Silva

OTOÑO 1930. Schiaffino, Cristina Gómez, Blas Cárdenas y yo, con el deseo de demostrar nuestra fortaleza, emprendimos a pie el camino desde el jardín Núñez hasta las playas de Pascuales.

Un sábado a las ocho de la noche y con la luna esplendorosa, emprendimos la caminata. El camino era de tierra ya consolidada, pero las piedritas sueltas eran de lo más molesto para caminar. Llevamos una anotación de la pasada por los ranchos: a las 9:30, por Los Asmoles; a las 12, por la Salada; a las 2, por Tecolapa; a las 3, por

la Puerta de Caleras y así sucesivamente hasta llegar a la plaza de Tecomán a las 5 de la mañana, donde almorzamos tatemado con tortillas recién nacidas. Un rato después, reanudamos la travesía llegando a Pascuales en las orillas del mar Pacífico, alrededor de las ocho de la mañana. Esta bonita excursión fue ampliamente comentada, pero a pesar de tanto que se habló, nunca hubo otros cuatro locos o aventureros que emularan nuestros pasos.

En invierno de 1931 organicé una excursión a los volcanes. En aquellos tiempos era una verdadera odisea, pues desde Tonila se emprendía la escalada. De ahí salíamos montados en bestias y después de varias horas de continua subida, llegábamos a la lomilla situada entre los dos volcanes. Ahí se instalaba el campamento, al cual posteriormente le pusimos el “campamento del perdido”, porque en esa primera vez cuando regresábamos de los volcanes no dábamos con él, y desde entonces, en una tabla pegada en uno de los pinos dejamos anotado el “bautizo” del paraje. Por la noche encendíamos una gran fogata para calentarnos, ahuyentar a los animales de uña, calentar el café y asar el tasajo. Al día siguiente, muy temprano, después de un frugal almuerzo, empezábamos la caminata para subir a los volcanes.

Desde luego, los más fuertes y audaces escalaban el “Nevado” y los menos capacitados nos contentábamos con el de “Fuego”. Regresábamos al campamento alrededor de las tres de la tarde, comíamos rápidamente ensillados por el arriero a quien llamábamos el guía. Anocheciendo llegábamos a Tonila y de ahí nos encaramábamos a nuestro coche, regresándonos a nuestra tórrida ciudad.

En una de estas bonitas excursiones se nos ocurrió llevar cohetes de luces para encenderlos por la noche y demostrarles a nuestras novias lo mucho que las extrañábamos, y el gran deseo de presumir ante ellas una hermosa “lluvia de estrellas” que luciría grandiosamente en la oscuridad de la noche. Rubén Negrete le recomendó que estuviera al pendiente de tal evento a su Ada Rodríguez; Jorge Sánchez, a la Flor Bracamontes, y yo, a la Nena Sierra, para que estuvieran pendientes, pues a las ocho de la noche del sábado aventuramos los cohetes que

ellas contemplarían extasiándose con el bello espectáculo. Así es que los tres, muy ufanos y ante la recia negativa de algunos otros compañeros que no les agradó nuestra ocurrencia, emprendimos la escalada al volcán de “Fuego”, alrededor de las seis de la tarde, es decir, al poco rato de haber llegado al “campamento del perdido”.

Un poco antes de las ocho de la noche, estábamos a un lado del cráter, por el lado sur, de ahí veíamos el valle de nuestros pies, tachonado de lucecitas y al final una planchita de luces de nuestra linda Colima.

Ya a esa hora lógicamente nos aluzábamos con linternas de carburo, que las traíamos bien colocadas y ajustadas en nuestras cachuchas de montaña. Exactamente a las ocho en punto empezamos a encender los cohetes. Estos subían vertiginosamente, brotando cientos de lucecitas al estallar e iluminando las faldas del volcán, ¡algo hermosísimo! Y a los tres, orgullosos y satisfechos, al imaginarnos a nuestras compañeritas del alma atónitas contemplando el bello espectáculo. Agotados los cohetes y en plena oscuridad, apenas aluzados con nuestras linternas y la poca claridad de las estrellas y con gran peligro, regresamos al campamento. Al día siguiente muy temprano y como buenos deportistas y fieles a nuestros otros compañeros, volvimos a subir el volcán de Fuego. Regresamos, abordamos nuestras acémilas y llegamos a Tonila y en la camioneta a Colima. Al llegar de inmediato, nos encaminamos a ver a nuestras novias. Visité a la Nena que vivía por Medellín y después de saludarla esperé con impaciencia que me dijera sobre los cohetes. Y al no decirme nada, le pregunté, y ella ingenuamente me contestó: ¡Hasta ahorita me acordé! Me quedé pasmado y cuando pude hablar le dije: ¡Y nosotros casi nos despeñábamos! Y ya no pude hablar más. Al día siguiente, me contó Rubén que su Ada del alma se había ido a pasar el fin de semana a Manzanillo. Presuroso busqué a Jorge y éste me platicó que la Flor sí se había acordado, que contaba los minutos y que antes de sonar las ocho se subió a la azotea con la triste y gran sorpresa que hasta en ese momento se dio cuenta que la mole del Teatro Hidalgo le tapaba la vista de los volcanes.

Y así de sencillo fue como la bonita y atrevida ocurrencia de tres valientes enamorados fue contemplada posiblemente por un cazador, un arriero retrasado, un caporal, algún ranchero desvelado, algún romántico que contemplaba las estrellas o algún estudioso de los ovnis, además de los tres compañeros y del guía que se quedaron cómodamente platicando alrededor de la hoguera en el “paraje del perdido”. Y todo esto pasó en la década de los treinta, es decir, casi la edad de un sexagenario, ahora en este bello pero conflictivo 1993.

* Empresario, historiador y narrador. †

Ilusión

Jorge Rivas

De ataúdes están
llenos los panteones,
de tragedias y
desamor los corazones.

De lágrimas uno se
desborda,
de sueños e ilusión un
camino se decora.

De fuego por el
cual arde la ternura,
caricia, un amor vive.

De mentiras
envueltas de dulzura,
verdades marchitas, uno muere.

Y esa visión se difumina
quizá con la monotonía corrosiva,
la estación añorada, terrible espera,
polariza un día hasta toda una vida.

Nos destruye cada falsa palabra
y produce asquerosa mueca,
sonidos homicidas peores que
canto de sirena violenta.

Maldad según equivale
la belleza que tenga,
dolor medido y probado
con la fiel entrega.

De románticos están
llenas algunas novelas,
podría ser que los más
desdichados sean poetas.

De verso a verso, sean
prosaicos o líricos,
uno de ellos escriba a
quien lo lastimó: todos amantes lúdicos.

De vida está llena la muerte,
de amor el desamor,
de tropiezos la suerte
de confianza la traición.